

inédito por espacio de más de veinte años. Alguna responsabilidad de este retraso puede corresponder a nuestro país, pero cabe pensar que la razón principal del retraso ha sido la prudencia del propio Brademas, incorporado muy pronto a la política activa en su país y representante democrata desde 1959 del Estado de Indiana en el Congreso de los Estados Unidos. Ante esta infrecuente coincidencia de historiador del movimiento obrero y político, el estudio que ahora se publica quedó en una incómoda situación; por una parte, inédito, y por otra, sometido a la continua consulta de los investigadores sobre el movimiento obrero español que acudían al Instituto Internacional de Historia Social de Amsterdam. Incomodidad que, lógicamente, se transmitía a estos mismos investigadores, situados ante una obra de referencia cuya aparición pública se aplazaba indefinidamente.

En buena medida, **Anarcosindicalismo y revolución en España** es además una obra irrepetible. Como lo es ya el libro clásico de Díaz del Moral, ante el grado de destrucción que la guerra ha ocasionado en la prensa obrera cordobesa y la imposibilidad de reproducir la observación participante que fundamentaba los juicios del notario de Bujalance. En el caso de Brademas, la gran fortuna ha sido poder contar con una buena proporción de los dirigentes confederales supervivientes de la guerra, con el acopio consiguiente de materiales casi únicos y, sobre todo, recuerdos personales, que con el paso de los años se han ido desvaneciendo, cuando no han desaparecido con su portador. En la lista de agradecimientos del prefacio figuran los nombres de Eleuterio Quintanilla, Felipe Alaiz, Juan López, ya fallecidos, y los demás dirigentes o miembros de la Confederación mencionados son en su mayoría septuagenarios. Pero, lógicamente, no



John Brademas.

ha sido la relación personal con antiguos confederados lo que hizo posible la calidad historiográfica de **Anarcosindicalismo y revolución en España**. La base es la capacidad de análisis de Brademas, conjugada con una labor minuciosa de investigación sobre las fuentes hemerográficas anarcosindicalistas que conserva el Instituto Internacional de Amsterdam, centro de trabajo inexcusable para cualquier investigación en profundidad sobre nuestro movimiento obrero.

El resultado es una excelente crónica del crecimiento y de las crisis que afectan a la Confederación Nacional del Trabajo desde su regreso a la legalidad, en abril de 1930, hasta la ruptura que suponen los hechos de mayo de 1937. La tensión interna entre sindicalistas y anarquistas, sin resolver en los años de Dictadura, pasó a ser el problema central cuando, en 1931, el sector anarquista agrupado en torno a la FAI y los moderados, pronto conocidos por el calificativo de «los treinta», se enfrentan en torno a una serie de cuestiones, no siempre bien definidas, pero cuyos puntos extremos sí lo están: Revolución social a corto plazo frente a prioridad a la organización sindical, con una sombra más o menos acusada de colaboracionismo. Es posible que Brademas no se detenga suficientemente en el análisis de las organizaciones, proyectos y posiciones ideológicas que operan en dicho enfrentamiento, pero la masa documental examinada y la cuidada descripción de la sucesión

de acontecimientos proporcionan constantemente nuevos datos.

Hay que felicitar, en consecuencia, de la salida de este excelente y viejo libro, que nos llega en una pulcra versión castellana de Joaquín Romero Maura y con una portada, a mi juicio sobresaliente, de Alberto Corazón. Lo único que no entiendo bien es la catalanización de los nombres propios de algunos líderes obreros, que al escribir públicamente en castellano siempre lo hicieron como Juan Peiró, Eusebio C. Carbó o Joaquín Maurín, y no como ahora leemos: Joan Peiró, Eusebi C. Carbó y Joaquim Maurín. De la misma manera encontraría inadecuado castellanizarle el nombre a Pere Foix. Creo que en este punto la mejor regla consiste en respetar el uso histórico —vamos a encontrarnos, si no muy pronto, con Francesc Pi i Margall— para salvar una ambigüedad que aquí no se evita, ya que en este mismo libro comentado se cita, por ejemplo, a Ricardo Fornells.

Disgresión marginal que no impide, por supuesto, que consideremos **Anarcosindicalismo y revolución en España**, de Brademas, como la mejor introducción al conocimiento del tema en la Segunda República. La ocasión puede servir también para señalar la aparición de otra obra sobre el movimiento anarquista esperada desde hace tiempo: **La rosa de fuego**, de Joaquín Romero Maura, en que por primera vez se utilizan archivos de políticos como Maura o Romanones, para estudiar los conflictos sociales en Barcelona durante la primera década del siglo. ■ ANTONIO ELORZA.

Las tribulaciones de un corresponsal en Roma

Un magnate de la prensa norteamericana envía a su hija a estudiar Arquitectura en Ro-

ma, encargando de su cuidado a uno de sus corresponsales en esa ciudad. La muchacha, de conducta algo turbia pero de modales que no dejan lugar a dudas, fascina al empleado, que queda prendido en sus encantos como una criaturita, y le convence de pasar un mes juntos y solos en una villa de Sorrento alquilada por ella bajo nombre supuesto, y en la que le esperará cuando él inicie sus vacaciones, manteniendo los planes en secreto. La llegada de su sustituto pone al incauto corresponsal al corriente de los turbulentos antecedentes de la explosiva y taimada señorita, a la que al llegar a la villa encuentra despenada, con lo que su vida comienza a verse complicada de la manera más inesperada, absurda y peligrosa, manera que, como todo el mundo sabe, es la mejor para forjar el carácter. Tal es el arranque de **Fruto prohibido** (título algo moralista para el original y mucho más expresivo de Usted encantado, que yo le ajustaré las cuentas), un excelente relato de James Hadley Chase, maestro de la ficción policíaca ligera, con el que se ha iniciado la colección **Selecciones del Séptimo Círculo**, publicada en España por Alianza Editorial.

El relato, que se ajusta a las exigencias del género, muestra la particularidad de conceder escasa relevancia a las dotes del protagonista, un tipejo algo cómico que se pasa las dos terceras partes de la novela sin saber por dónde le viene el viento. Lo que le interesa en primer término al autor no es su personaje central, de gestos arquetípicos y decisiones casi siempre atolondradas, sino la dosificación perfecta de un complejo argumental en el que el lector está casi siempre a punto de hincar el diente, pero conducido de tal modo que el hallazgo y el escalonamiento de los datos resultan en todas las ocasiones sorprendentes, si bien dentro de las limitaciones que el género impone a la sorpresa.

Junto a ello, los personajes secundarios están muy bien trazados, con una gran economía de medios y unos resultados perfectamente funcionales.

En su último tercio el relato cobra un ritmo bastante movido y trepidante, casi de aventuras, cumpliéndose el círculo argumental de una manera perfecta, con el caso cerrado para la Policía satisfactoriamente, pero con una solución y culpable que no son, desde luego, los reales —un rasgo nada insólito en la tradición de los mejores relatos detectivescos—; lo que en realidad pasó y sus oscuros capítulos y razones quedan en manos de las dos únicas personas que no los harán público jamás; el uno, por motivos profesionales; la otra, por razones matrimoniales que, como las de estado, siempre defienden el lugar alcanzado en la cumbre. Resulta una narración muy apropiada para largos trayectos en transportes urbanos y sesiones de lectura en la madrugada. ■ CH.

Robert Walser o la negación más radical

Un instituto cuya finalidad no es la de educar a los alumnos para que triunfen en la vida, sino donde, extrañamente, se les enseña todo lo contrario: a no hacerse notar, a no hacerse notar, a no estar en el mundo, a estar dispuestos a servir en cualquier momento a sus superiores. Un pensionado, a cuyos internos les está prácticamente vedado alimentar esperanza alguna en el porvenir y donde se les inculcan por encima de todo ciertas virtudes elementales, como la paciencia y la obediencia. Una escuela para muchachos cuyos profesores son seres fantasmagóricos que «permanecen tumbados como muertos que dormitan», y en el que no se imparten asignaturas en el sentido tradicional, sino que tan sólo se obliga a los alumnos a aprender de memoria

unas cuantas reglas de urbanidad, a repetir frases estúpidas —como «La buena conducta es un jardín con flores»— y a ejecutar una y otra vez los mismos ejercicios atléticos o de baile.

A este centro singular llega un día el último retoño de una antigua familia de noble linaje, el joven Jakob von Gunten. Reacio en un principio a aceptar la validez del método de enseñanza allí empleado —según reconocerá el mismo, arrepentido—, el joven Jakob se irá poco a poco integrando en el sistema y terminará aceptándolo incondicionalmente, hasta el punto de ser el último alumno en abandonar el instituto, cuando ya no quede más remedio.

En el Diario que escribe durante su permanencia en el instituto, Jakob von Gunten nos ofrece el testimonio de su radical conversión, a la vez que una apasionada semblanza de algunos de los seres que habitan ese microcosmos: aquellos de sus discípulos que por alguna razón más le fascinan, y en especial Kraus, ese muchacho capaz de reprimir toda aspiración para dedicarse de cuerpo y alma a obedecer y servir como un autómatas a los demás; la señorita Luisa, hermana del director y única maestra del centro, que con su varita blanca parece un personaje de cuento de hadas, y cuya muerte —por no haber encontrado el amor— provoca el derrumbamiento definitivo de la escuela para muchos Benjametas; el propio director —el misterioso señor Benjamenta—, ese «rey destronado», según él mismo se define, que mostrará su debilidad por Jakob, el discípulo favorito, deponiendo ante él su orgullo y su poder, omnimodo dentro del recinto del Instituto, y por último —como una especie de contrapunto—, el hermano de Jakob, el cosmopolita Johann, a quien aquél encuentra en sus salidas semanales, y que es como una ventana por la que el presunto autor del diario asoma al

mundo exterior, un mundo tejido de clichés, estereotipos y prejuicios, mundo deshumanizado en el que todos, absolutamente todos, son esclavos, con la única y esencial diferencia de que mientras que unos son conscientes de su condición, otros, víctimas del engaño, llegan a creerse amos por el solo hecho de estar arriba.

¿Cuánto tiempo permanece Jakob en esa institución? ¿Cuánto dura su singular aprendizaje? ¿Meses, años... siglos acaso? No hay manera de saberlo. Falta en el Diario cualquier indicación cronológica que nos pudiera orientar al respecto. En la persona de Jakob, la vigilia alterna y se confunde una y otra vez con el sueño. Su lucidez es, por otro lado, de una extraña categoría: «Quiero permanecer lúcido, ligero y seguro. Afuera los pensamientos», confiesa, y esta frase —afuera los pensamientos— será una constante a través del diario.

Pocos libros habremos leído tan profundamente inquietantes como este Jakob von Gunten, de Robert Walser (1), en el que muchos —entre ellos Walter Benjamin y Robert Musil— han encontrado un gran paralelismo con El castillo. Que haya ecos de Jakob von Gunten en la obra de Kafka no puede sorprendernos, si tenemos en cuenta que Walser era no de los autores predilectos del praguense. Ahora bien, si la ironía de Kafka es cortante como un viento del Artico, Walser, con ese pudor típicamente suizo al que alude W. Benjamin en su penetrante estudio, trata de ocultar su nihilismo radical bajo el disfraz más amable de una conversación espontánea, de una verborrea casi coloquial. Walser se aferra al lenguaje como a una tabla de salvación, aun a sabiendas de que tal salvación es imposible. Una vez encendida la

mecha de su discurso, el autor se lanza en alocada carrera, irrefrenable como una vagoneta de montaña rusa, sin concederse —ni concedernos— ningún respiro, con ese modo suyo tan característico de trivializar lo trascendente y de magnificar, por el contrario, los más nimios detalles. Va así tomando el texto de Walser sesgos inesperados, abriéndose y cerrándose alternativamente a toda interpretación lógica, arrastrando al lector en un torbellino de desconcierto, del que éste no logrará salir hasta bastante tiempo después de acabada la lectura.

Jakob von Gunten, ese rebelde inicial que acabará aceptando la extraña alianza que le propone humildemente su director para irse a vivir con él al desierto tras la disolución del Instituto, que sigue a la romántica muerte de la señorita Luisa, se ajusta perfectamente a la definición que hace Benjamin de la figura de Walser: «Tienen tras de sí la demencia, y por eso mismo son de una superficialidad tan desgarradora, por completo inhumana, imperturbable».

No me resisto a transcribir el último párrafo del diario: «Animo, ahora ya no quiero pensar en nada. ¿Ni siquiera en Dios? ¡No! Dios estará a mi lado. ¿Qué necesidad tengo de pensar en Él? Dios va con quien está libre de pensamientos. Adios, pues, Instituto Benjamita». ¿Cabe imaginarse una negación más radical? ■

JOAQUIN RABAGO.

«Zona abierta», discusión abierta

Cuando se analiza una publicación nueva se suele dejar para el final una observación sobre el diseño. En el caso de Zona Abierta es preciso referirse de entrada al que ha realizado Alberto Corazón, ya que es algo que se «ve» inmediatamente, lo que no ocurre en general. Alberto Corazón ha tenido

una evidente voluntad de romper los esquemas clásicos de la cubierta y la compaginación del texto. El resultado es un acierto. Consciente de que no se trata de una publicación que deba agarrar al lector mediante una cabecera o unos titulares llamativos, sino que la revista será «buscada» por los interesados, el trabajo de Corazón discurre por una diagramación no convencional. En el interior se ayuda a la lectura de unos textos —forzosamente densos— mediante recursos tipográficos, como cambios de color, blancos...

En este estuche, grato e imaginativo, se ha encerrado un bien trabado sumario de temas que, yo diría, responde a una mayoría de edad de un pensamiento científico, materialista, entre nosotros. No vendría a cuento hablar aquí de «pesadez» o no del contenido. La revista se dirige a un público de alto nivel teórico, obviamente no mayoritario, y aborda problemas de teoría política, económica, cultural, desde una perspectiva crítica y sin concesiones a una demagógica simplicidad. Al no existir en la revista una nota editorial aclaratoria de los propósitos del Consejo, uno se tiene que mover, al reseñar la aparición de Zona Abierta, en el estricto marco del número que tiene a la vista. Y basta el análisis del presente número para deducir una línea que, a pesar del nivel de abstracción en que se mueve, servirá para instalar a nivel público y de forma periódica discusiones ideológicas que normalmente no encuentran una plataforma abierta. El avance que se hace de algunos temas que Zona Abierta tocará en próximos números nos permite, sin embargo, decir que el nivel de abstracción propio de este tipo de publicaciones no impedirá enfrentarse con ciertos problemas de actualidad, como los cambios políticos y estructura de clases en Portugal o las lecciones del caso chileno.

En este primer número

NÚMERO 142 • AÑO 1975 DE ENERO DE 1975 20 PÉSETAS

ESTA SEMANA HERRIMANO LOBO

sumario de humor dentro de lo que cabe

Lea alegremente en la cima de la cuesta de enero:

- «La agenda Privada de Pero Núñez».
- «Maripí y el paro», de Umbral.
- «¿Es ahí el señor alcalde?».
- «1975, un año maravilloso», de Vicent.
- «Episodios de la vida Nacional», de Ibarrola.

Y entérese del secuestro de Raphael realizado por un comando antimarxista y de nuestra gran exclusiva mundial: «Breznev está embarazado».

Y además, por el mismo precio (aunque se admiten propinas): QUINO, GILA, SUMMERS, CHUMY-CHUMEZ, RAMON, OPS, SALTES, DODOT, el ROTO, LICANTROPO, GENOVEVO DE LA O y etcétera, etcétera.

LA REVISTA DEL HUMOR EN LA QUE CABE MAS DENTRO DE LO QUE CABE

(1) Biblioteca de Rescate. Barral Editores. Traducción de J. García Hortelano y C. B. Agesta.